



Jóvenes en una discoteca de Wuhan, en la provincia china de Hubei, el jueves. / HÉCTOR RETAMAL (AFP)

MACARENA VIDAL LIY, Wuhan
El matrimonio Chao cerró su tienda de textiles en una zona turística de Wuhan el 20 de enero de 2020 por vacaciones del Año Nuevo lunar. Aquella noche en el telediario de la cadena estatal, la máxima autoridad epidemiológica del país, Zhong Nanshan, confirmó una bomba: el coronavirus detectado en esa ciudad un mes antes, que ya había infectado de manera oficial a más de un centenar de personas, si era contagioso entre humanos. Los Chao nunca volvieron a abrir aquella tienda, no como tal. El día 23, hace exactamente un año, Wuhan quedaba confinada. Pasarían 76 días hasta que volviera a abrirse.

Un año después, y mientras la pandemia se encuentra fuera de control en Occidente, el foco original del coronavirus apenas muestra a simple vista señales de aquel trauma que dejó sus calles vacías y desbordó sus hospitales. La ciudad ha recuperado su bullicio, sus atascos y su actividad industrial, y prepara con entusiasmo la llegada del Año nuevo lunar en un par de semanas. Las zonas más populares de comercios se llenan de multitudes en los días y horas de ocio. Sin límites de aforo, los restaurantes aseguran que han recuperado los niveles de antes de la pandemia. El año nuevo se ha celebrado con fiestas masivas. Mecas de la música en directo como Wuhan Prison, en la zona universitaria, se abarrotan día sí y día también hasta el amanecer. Los controles de temperatura y de la aplicación de rastreo a la entrada, que han vuelto después de meses de relajación, son el único indicio de que China registra su mayor número de casos desde marzo pasado. Oficialmente, la ciudad no registra nuevos casos desde mayo.

“Es el lugar más seguro del mundo”, afirma Deng, una entusiasta joven de 25 años, repitiendo una frase que se escucha una y otra vez en la ciudad. “Impusimos

El aniversario del cierre de la ciudad donde estalló el virus se ha convertido en un tabú sepultado por el discurso oficial

Las heridas ocultas de la covid en Wuhan

medidas de control muy estrictas, se hicieron pruebas masivas de covid y ahora tenemos también vacunas propias. Eso demuestra que China es un país poderoso y ha hecho un buen trabajo controlando el virus. Yo estoy muy tranquila”, asegura durante su paseo diario por el parque de Jiangtan, a la orilla del río Yangtze.

Según las cifras estatales, la enfermedad ha infectado a alrededor de 90.000 personas y ha causado 4.635 muertos en todo el

Castigados por cuestionar a las autoridades

Excluido del relato oficial queda el mercado de Huanan, considerado al principio el origen de la enfermedad y que aún hoy continúa cerrado. También las amonestaciones a los médicos que quisieron alertar, a sus círculos o más allá, sobre el peligro. Y quienes criticaron la gestión de las primeras semanas de la pandemia. Blogueros y periodistas ciudadanos como Chen Qushui o Fan Bing, detenidos desde entonces, la exabogada Zhang Zhan —condenada a cuatro años de cárcel por “buscar

A simple vista, apenas hay señales del trauma que dejó las calles vacías

“La gente ya ha olvidado”, lamenta Zhou, muy crítico con el Gobierno

pelea”— o el ejecutivo inmobiliario y exmiembro del Partido Ren Zhiqiang, sentenciado a 18 años de cárcel por corrupción tras criticar la gestión de Xi contra el virus.

Los comentarios que más se escuchan en la calle, en línea con el discurso oficial, son los que ofrece, por ejemplo, Chen, una ejecutiva de 38 años: “Si hay un sitio donde tenemos experiencia de cómo derrotar la covid, es éste”, asegura. El nerviosismo, con todo, está a flor de piel. Hace 15 días se supo que un contagiado había viajado brevemente a la ciudad antes de que se le detectaran síntomas. La calle comercial por la que pasó se cerró y se hicieron pruebas a 8.000 personas que pudieron coincidir con él.

país, la mayoría de ellos (unos 50.000 infectados, 3.869 fallecidos) en Wuhan, aunque un estudio oficial de seroprevalencia indica que en esta ciudad el número real de contagios pudo estar cerca del medio millón.

Este aniversario no va a ser recordado en los calendarios oficiales. Cómo se gestionaron aquellas primeras semanas de contagios, desde que se detectaron los primeros en diciembre hasta que se confinó Wuhan, es aún objeto de debate, denuncias y reproches entre Pekín y Gobiernos occidentales. Coincidiendo con el aniversario del cierre, esta semana un panel independiente ha señalado a China y la Organización Mundial de la Salud para asegurar que ambas pudieron haber actuado más rápido para atajar la enfermedad antes de que se propagara por el resto del mundo. Una misión de la OMS, de momento cumpliendo cuarentena, se encuentra en la ciudad para investigar el origen de la enfermedad.

La prensa local no está dedicando espacio a recordar que se cumplió un año del bloqueo. Tan solo estaba previsto el estreno, este viernes, de un documental sobre la pandemia, *Días y Noches en Wuhan*, que según la televisión estatal CCTV “muestra el heroísmo de los trabajadores en primera línea, pero también la fuerza de los lazos familiares”. Desde octubre, en uno de los pabellones que se habilitaron como hospitales provisionales durante la pandemia, una exposición recuerda también aquellos días para subrayar el papel del Partido Comunista —y del presidente Xi Jinping— en el éxito de la lucha contra el virus.

“La gente ya ha clivado”, comenta Zhou, un wuhanés muy crítico con el Gobierno y que durante los primeros días de la pandemia quiso grabar videos sobre lo que ocurría para que la posteridad pudiera verlo. “En cuanto ha vuelto la normalidad, han pasado página y ya no quieren saber na-

da (...) Las autoridades están convencidas de que han apagado el incendio y rechazan escuchar opiniones contrarias, escondiendo la cabeza en la arena. Este aniversario se ha convertido en un tabú”.

Petición de justicia

Hay, sin embargo, familiares de fallecidos que piden justicia. Uno de ellos es Zhang Hai, un antiguo ejecutivo inmobiliario de 51 años que en los primeros días de la pandemia, y confiado en lo que decían entonces las noticias —que no había indicios de contagios entre personas, que todo estaba bajo control— llevó a su padre, enfermo de Alzheimer, a su ciudad natal el 17 de enero para que recibiera tratamiento para una pierna rota. Tras quedar ingresado, el padre, un antiguo militar, contrajo covid y murió el 1 de febrero. Su fallecimiento, cree su hijo, se podría haber evitado si se hubiera informado a tiempo sobre la gravedad de la situación.

Zhang ha intentado, sin éxito, levantar un monumento en memoria de las víctimas y demandar en los tribunales a las autoridades locales de Wuhan y su provincia, Hubei, a las que acusa de todos los errores —ocultación de información, mala gestión de los hospitales— del comienzo de la crisis. Ha enviado una carta —sin respuesta— al propio Xi Jinping, para pedir que esos funcionarios, hoy destituidos, comparezcan ante los tribunales.

“Las autoridades locales sabían de la existencia del virus y decidieron ocultar información, eso es un delito. Alguien tiene que asumir la responsabilidad y corregir los errores”, denuncia Zhang. “Ya sufrimos una epidemia de SARS (en 2002-2003, en la que el Gobierno chino trató durante meses de encubrir lo que ocurría), ¿qué hemos aprendido de aquello? A los funcionarios chinos no les interesa la gente, les interesa su puesto”, asegura el antiguo ejecutivo, hoy dedicado a tiempo completo a su lucha. Pese a todo, Zhang defiende al Gobierno central y cree que si Xi llega a conocer su situación, impartirá justicia. “Absolutamente”, enfatiza.

Como Zhang, Han Chunhua (nombre supuesto) también perdió a su padre, que murió antes de recibir tratamiento y, por tanto, no figura en los registros oficiales. Ella también reclama una investigación exhaustiva sobre los errores. Antes de la pandemia tenía fe en las autoridades: “Creí todo lo que decían las noticias y los funcionarios. Ahora, después de criticarlos, me he convertido en una enemiga de las autoridades, algo que no me hubiera imaginado nunca”. Pero tampoco “hubiera creído nunca que las autoridades quisieran suprimir la verdad”.

En el centro de Wuhan, los Chao intentaron reabrir su comercio cuando se levantó el bloqueo en abril. No pudo ser. “Con el coronavirus, no podíamos importar los tejidos que vendíamos, así que hubo que reinventarse”, cuentan. Cambiaron las telas por pasteles. “El negocio nuevo va bien, más o menos como antes de la pandemia. No nos podemos quejar”, aseguran. Y repiten lo que ya se ha convertido en un lugar común: “Wuhan es la ciudad más segura del mundo”.